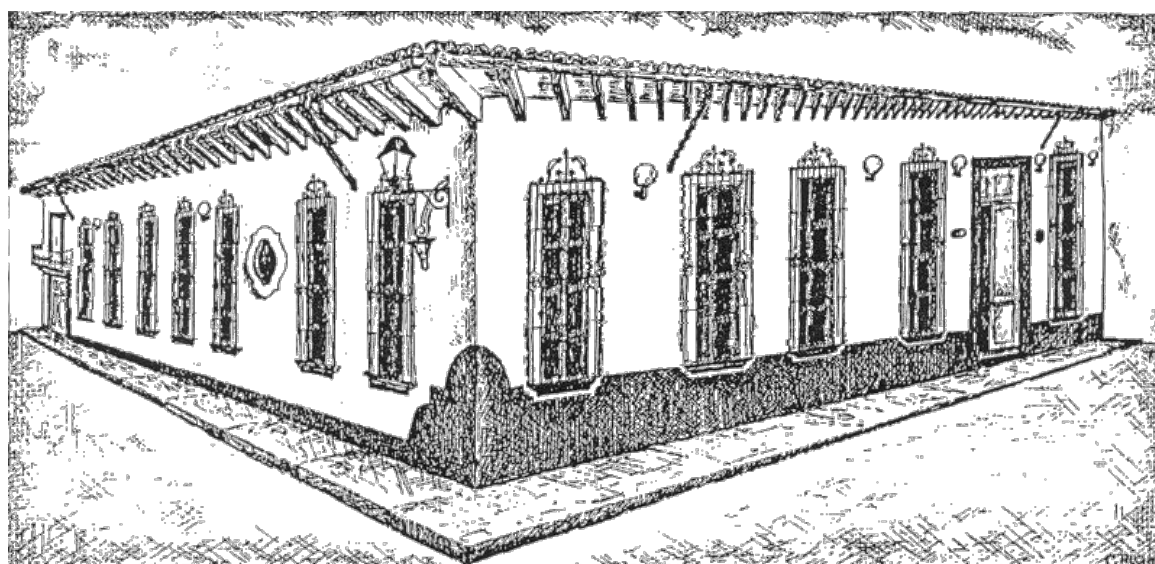


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

UNIVERSIDAD VERACRUZANA



19

Historia e investigación del presente

FERNAND BRAUDEL

Xalapa, Veracruz, Junio de 2004

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: Alberto J. Olvera Rivera

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Rosío Córdova Plaza

Pedro Jiménez Lara

Alfredo Zavaleta Betancourt

CUADERNO DE TRABAJO N° 19

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Cuidado de la edición: Job Hernández Rodríguez

Junio de 2004

Impreso en México

Historia e investigación del presente

FERNAND BRAUDEL

Traducción de Joaquín Roberto González Martínez

Cuadernos de trabajo

Instituto de investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana

Presentación

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismo, sino bajo aquellas [...] con [las] que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, [...] es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, [...] para [...] representar la nueva escena de la historia universal.

Karl Marx, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte.

Sabemos que la política es el manejo adecuado del conflicto y que éste deriva de las relaciones humanas a muchas dimensiones de comportamiento. La política es, sin lugar a mayor especulación, una de ellas. Los actos «terroristas», las invasiones irresponsables y las grandes injusticias, sobre todo en nuestros días con respecto al llamado cercano Oriente son pruebas palpables de esto.

Fue allá por el año de 1090 dC. cuando Hasan as-Sabbah, oriundo del actual Irán, hombre de gran cultura y, al parecer, muy amigo del poeta universal Umar al-Jayyan -Omar Khayam (1045-1122)- creó una organización político-guerrera enmarcada dentro del chiísmo musulmán. Desde su refugio en la fortaleza de Alamut (en la Sierra de Elbuz, no lejos del Mar Caspio) éste, también llamado «Viejo de la Montaña», enviaba a sus adeptos instruidos no sólo en los mensajes religiosos, sino en las formas concretas de matar personalidades consideradas como enemigas del Islam. Las víctimas eran por

lo regular sunnitas, el acto homicida tenía lugar a la salida de las mezquitas, de preferencia los viernes al medio día en las horas de mayor concurrencia. Ni que decir tiene que el *fedai* (suicida) criminal era liquidado ahí mismo por la enfurecida multitud que había presenciado tan cruel como contundente escena. El arrojo de esos primitivos fedayines provenía no sólo del celo religioso, es muy probable que también estuvieran bajo los efectos del hachís por lo que comenzaron a ser denominados *hashishiyun* o más común, *hashashin* de donde surgió el término *asesino*.¹

Los grandes hechos y personajes de la historia universal podrían darse dos veces, sostenía Hegel. Marx le enmendó la plana afirmando que, en caso de ser así, la primera vez era como tragedia y la segunda como farsa.² Los conceptos braudelianos de *larga duración* y de *historia operacional* nos demuestran que si bien un hecho histórico no es exactamente igual a otro, la recurrencia de ciertas prácticas nos pueden conducir a sucesos constantes por motivos similares. Un aspecto inevitable de esta recurrencia podría ser el recuerdo, reciclado, innovado y reforzado generación tras generación, cultivando odios y animadversiones, que en tiempos pacíficos pueden ser tratados de manera anecdótica e incluso con un exótico acento folclórico, pero que en cierto momento cobran gran virulencia para ajustar las cuentas que los abuelos y antepasados dejaron pendientes y que, parecería, han de ser heredadas a nuestros descendientes. ¿Estaremos por ello condenados a la

¹ Malouf, Amin. *Las cruzadas vistas por los árabes*. Madrid. Ed. Alianza, 1996. (Historia. Libro de bolsillo).

² Marx, Karl. «El dieciocho brumario de Luis Bonaparte». En, *Obras escogidas*. (SD) Moscú, Progreso. p, 95-180. (Con base en la edición alemana de 1859).

tragedia? Lamentablemente, muy relacionada al *recuerdo* está también la *amnesia*, todo pasa como si el hecho ocurrido fuera inédito y las ideas que lo inspiran realmente «modernas». Por el olvido podemos realizar actos que alguna vez *mutatis mutandis* tuvieron lugar sin que seamos conscientes de lo que provocaron en su momento. La Historia pues sería el ejercicio de articulación del recuerdo y la amnesia, la disciplina que nos ayudaría a ver qué es lo que cambia y qué es lo que permanece en este mundo. Si nuestros antepasados ya cometieron los crímenes que ahora nosotros observamos, condenándolos o avalándolos, también es justo afirmar que en otras épocas existieron procesos de gran excelsitud echados al olvido, por ejemplo el ordenamiento territorial se basaba en criterios científicos que posteriormente fueron desechados por primitivos y que, ahora, «descubrimos» como si nuestra generación fuera la única realmente pensante en la historia humana.

La práctica de los antiguos *hashashin* es un ejemplo actual de la *historia operacional* tema de este texto. A lo largo de los casi 914 últimos años se ha mantenido en el simbólico religioso de ciertos grupos musulmanes, expresión de la *Jihad* pequeña (guerra contra los infieles). Es claro que el antiguo puñal escondido en la chilaba del fedayin ha sido sustituido por una carga de bombas activadas por éste, por lo general en el patio de la mezquita o en un lugar público y en horas de gran afluencia. Es evidente también que las víctimas no son sólo sunitas o infieles sino incluso los propios chiítas. Recordemos que en el siglo XVIII un pensador sunita oriundo de la península arábiga, Muhamad ibn Abdul-Wahhab (1703-1792), inició otro movimiento

político que no sólo derivó en la creación de la Arabia Saudita,³ sino en una organización violenta cuya heredera más importante es Al Qaeda (dirigida por el wahabita Osama bin Laden). Finalmente, no olvidemos que el 11 de septiembre de 2002 en Nueva York y su trágica continuidad el 11 de marzo de 2004 en Madrid (incluyendo la tragedia de iraquíes, palestinos, judíos y resto de los pueblos que habitan el cercano Oriente) nos enfrentan a una realidad con hondas raíces culturales. No se trata de justificar los actos de violencia homicida en nombre de una religión o ideología, pero sí de entender ciertos fenómenos en su naturaleza histórica, política y cultural a fin de afrontar tales problemas de manera adecuada y sin generar más ciclos de violencia que, por otra parte, tampoco son privativos de los musulmanes, sino de los poderes políticos y económicos que, por serlo, han llevado a la humanidad a sufrir grandes y terribles calamidades.

En los últimos cincuenta años el estudio de la Historia ha dado un giro epistemológico sustancial. Si bien los *hechos* siguen siendo la materia prima del historiador, las interpretaciones van más allá de la mera descripción maniqueísta de cualquier tinte ideológico para convertirse en el dominio de diferentes especialistas de la ciencia, no sólo sociales y humanísticas, sino también de las llamadas ciencias duras y la tecnología. Por lo demás, al estudio de los hechos políticos como coto original del historiador, se han integrado otros como parte de la reflexión histórica. La universalidad del conocimiento es tal que, los viejos compartimentos estancos de las ciencias

³ Elorza, Antonio. *Umma*. El integrismo en el Islam. Madrid, Alianza editorial, 2002. (Ciencia Política)

tradicionales se han visto desbordados por la transdisciplinariedad, a través de la cual podemos comprender mejor muchos fenómenos que, después de más de dos décadas de la muerte de Braudel (y del texto que ahora presentamos), han cobrado un vigor y actualidad inusitadas. La historia no «llegó a su final» como lo ha pretendido Fukuyama, más bien son las sociedades actuales a quienes no sólo nos ha sorprendido un futuro, objeto de reflexión histórica sino que también hemos caído en nuestras propias trampas históricas; es aquí en donde la comprensión de los procesos de *larga duración* y el de *historia operacional* adquieren una gran importancia, no sólo metodológica sino a todas luces epistemológica.

El ensayo que aquí se presenta constituye la traducción del polaco al español de una conferencia dictada en francés y grabada para su posterior traducción al polaco, misma que apareció en el libro *Historia i Trwanie* (*Historia y duración*) con el título de «*Historia i badanie terażniejszości*» (*Historia e investigaciones del tiempo presente*)⁴ En este volumen se recogen otras traducciones de la obra de Braudel publicadas en el libro *Écrits sur l'Histoire*.⁵ Sólo el más largo de ellos «*Histoire et temps présent*» no apareció en la versión polaca, sí en cambio la reflexión sobre el mismo tema, objeto de la conferencia mencionada. A la fecha, no conocemos el original en francés. Tal vez éste no exista o se haya extraviado. La conferencia, como va dicho,

⁴ Fernand Braudel «*Historia i badanie terażniejszości*», en *Historia i trwanie*. Ed. Czytelnik, Varsovia, 1971. 356 pp. Introducción y edición de Witold Kula y Bronisław Geremek. Traducción de la versión oral francesa al polaco de Bronisław Geremek.

⁵ Braudel, F. *Écrits sur l'Histoire*. Paris, Flammarion, 1969. El texto en francés «*Histoire et temps présent*» que ahí se reproduce apareció por primera vez en *Annales E.S.C.*, núm. 2, abril-junio 1959, p. 325-336.

fue dictada y grabada en la Universidad de Varsovia, en la visita que Braudel realizó en 1967. La traducción al polaco se debió al Prof. Bronisław Geremek, con la colaboración en la edición de otro eminente historiador, el Prof. Witold Kula, conocido por el público de lengua española por sus importantes aportaciones a la historia económica.

El texto que ofrecemos fue publicado en español, por primera vez, en la revista *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*.⁶ Agradecemos al Dr. Carlos Aguirre Rojas su amabilidad por autorizarnos su reproducción en nuestros *Cuadernos de Trabajo*. Esperamos que los lectores veracruzanos tengan con ello un material de reflexión que los invite a profundizar en la obra braudeliana y, lo que es más importante, apliquen y desarrollen las tesis e ideas de este gran maestro en la solución de los problemas actuales.

JOAQUÍN ROBERTO GONZÁLEZ MARTÍNEZ

⁶ Fernand Braudel. «La historia operacional: La historia y la investigación del presente». *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*. Número 2, marzo-agosto de 2004, p. 29-40. (Traducción del polaco al español por Joaquín Roberto González Martínez).

Elegí como tema de esta conferencia* un problema difícil e inquietante: lo que constituye, a mi entender, una muestra de reconocimiento y respeto a mi auditorio polaco. No obstante, enfrentando esta controvertida y embrollada problemática yo mismo tengo la sensación de encontrarme en un cuarto oscuro, cuyos muros me son desconocidos, en el cual no sé en dónde están las ventanas, en el que olvidé el sitio donde se encuentran las puertas; guiándome con las manos voy de pared en pared. No pierdo, sin embargo, la esperanza de que lograremos salir juntos de esta oscuridad. Con este convencimiento intentaré mostrar una nueva perspectiva de las investigaciones históricas.

La historia que aquí llamo «operacional» (por vez primera utilizo esta denominación) no figura todavía en ninguno de nuestros diccionarios manuales. Su génesis se remonta a la terminología militar, misma que en el umbral de la última guerra aparece en la III Sección del Alto Mando General, esto es, la oficina de operaciones. Sucedió que la distribución del material y de los recursos humanos exigió abordar de manera más amplia los problemas de la psicología y de los costos; lo relativo a estos últimos fue lo que se denominó «operacional».

Esta palabra perdió su carácter militar. Ha habido desde entonces, sin embargo, el convencimiento de que la guerra es una industria como cualquier

* Este es el texto de una conferencia impartida en la Universidad de Varsovia el 23 de abril de 1967. Rehecho sin grandes cambios según la copia de la cinta magnetofónica, se ha conservado el tono de una charla libre y espontáneamente expresada y no el de un artículo, en el cual muchas ideas y precisiones pudieran ser objeto de análisis y reflexiones más rigurosas. (Nota de los editores polacos).

otra, por lo que las «investigaciones operacionales» pueden también aplicarse en el cálculo óptimo del reemplazo de las locomotoras o de los vagones en una línea de ferrocarriles dada. Las investigaciones operacionales fueron llevadas también al campo de la política. Si bien las «investigaciones operacionales» han obtenido actualmente su carta de ciudadanía, no han entrado todavía al campo de las ciencias sociales: no se habla aún de la sociología operacional ni de la economía operacional. Así, pues, no estaría mal plantear, ya desde la introducción de esta plática, qué es lo que entiendo por el término usado en el título de esta conferencia.

La *historia operacional* significa la historia activamente participante en las discusiones sobre la actualidad, teniendo cosas que decir sobre los problemas tratados por las diversas ciencias humanas. El historiador es aceptado con una gran desconfianza en la mesa donde discuten los representantes de estas disciplinas. Yo decididamente tomo un lugar en ella con el convencimiento de que la voz del historiador debe ser atentamente escuchada.

Para el historiador es evidente que el objeto de la investigación histórica no es lo que ya ocurrió, que la historia no está encarcelada en el mundo de las cosas muertas y que, por tanto, el historiador puede formular juicios sobre el presente, siendo esto totalmente justificado. Sin embargo, nuestros colegas de disciplinas afines no están plenamente convencidos de esto. Hace diez años participé en una discusión apasionada: junto con tres o cuatro historiadores me tocó hacer frente a varias decenas de jóvenes sociólogos. Los historiadores, en mi opinión, llevábamos la delantera en esa polémica, de ahí que los ataques de

los sociólogos adquiriesen, por momentos, un carácter violento. Así, cierta vez en la discusión, uno de nuestros sociólogos se levantó y dijo: «pero si ustedes, historiadores, trabajan en los espacios de la muerte» ¡Qué gran equivocación! Y es que sin ninguna dificultad podemos demostrar que las personas y los sucesos del pasado permanecen vivos, están al alcance de nuestras manos. Están vivos por el simple hecho de que, para nosotros, no han cruzado el otro lado de la puerta. De modo que, cuando estoy ante el campo de batalla de llawa,⁷ para mí la lucha apenas tendrá lugar, de nuevo comienza, no deja de vivir ni deja de pasar hasta que no cese de pensar en ella. Otro ejemplo: durante mucho años me dediqué al estudio de Felipe II de España, quien si no me simpatizó al principio, luego envejecimos juntos. Es suficiente ahora poner atento oído para escuchar las campanas llamando a la ceremonia de bautizo de Felipe, para estar ahí presente. Y esta resurrección del pasado ocurre sin dificultades, incluso sin recurrir al romántico trance de Michelet.⁸

Sí, la historia está del lado de la vida, ella misma es vida. En el mundo, donde la muerte es algo absurdo, ¿acaso no es algo excelente la fuerza vital de la historia? No sentimos con tanto detalle, como en las otras ciencias del

⁷ La batalla de llawa en la antigua Prusia -ahora en territorio polaco- ocurrió entre el 7 y el 8 de febrero de 1807 entre los ejércitos ruso y francés, caracterizada por la gran masacre que ambos ejércitos se propinaron mutuamente y en la que los franceses sacaron la peor parte. (Nota del traductor).

⁸ Es decir, la evocación romántica de la historia de los pueblos, siempre en lucha en contra del despotismo, que este autor, Jules Michelet (1798-1874), proponía. (Nota del traductor).

hombre, la línea negra que divide el pasado del presente. En la investigación sobre la sociedad contemporánea, viva, tenemos, por tanto, el derecho a la voz; y aunque no nos sea otorgado aún así nos lo otorgaríamos nosotros mismos.

Pero, también, desde ahora debo advertir, que si bien cada forma de historia es útil, aun así quiero escoger alguna que sea más capaz que otras para encabezar un duelo leal, inteligente y efectivo con las diversas disciplinas humanas.

¿Acaso tengo el derecho de dejar a un lado la historia tradicional narradora de hechos? Confieso que cometo esta acción sin escrúpulo alguno. En mi concepción de la historia, los meros eventos permanecen en la superficie de los procesos más profundos.

Los hechos históricos de corto alcance, mismos que leemos en los periódicos de cada día, hacen mucha bulla, estallan en grandes llamaradas para que al día siguiente lo mejor sea olvidarlos y hacer sitio a una nueva oleada de eventos. Hace años, en el Colegio de Francia, con el fin de mostrar la debilidad de la historia fáctica recurrí a ciertos recuerdos de orden personal.

Durante mi estancia en Brasil, cierta noche, a causa de una descompostura de mi automóvil, me encontré a la vera de un camino en medio de la selva, en lo más intrincado del país, en las cercanías de Bahía. Recuerdo que me vi de pronto rodeado de multitud de lucecillas cuyo brillo se dejaba ver a unos diez o veinte metros hacia arriba, para luego apagarse y encenderse de nuevo en una pálida luz fosforescente, pero que nunca pudo en realidad iluminar la oscuridad de la noche. Algo parecido ocurre con los acontecimientos: fuera de

su ámbito luminoso predomina triunfante la oscuridad. Releguemos, pues, los acontecimientos en cuanto tales, a la oscuridad de la noche.

Quizás más difícil será para mí explicar la necesidad del rechazo de la siguiente forma de historia a la que me quiero referir, o sea la historia de los hechos económicos, la historia de la coyuntura. Ésta nació precisamente en Polonia, en el ámbito de la Universidad de Lwów, en torno a un extraordinario historiador como lo fue el profesor Franciszek Bujak.⁹ Él fue uno de los creadores de la historia de los precios, llevando la delantera en esta corriente de investigación histórica tanto a los anglosajones como a los franceses y a los alemanes. La historia de la coyuntura económica me apasionó a mí mismo durante largo tiempo, aunque tengo plena conciencia de que la historia de los periodos largos, de la «larga duración» exige dejar de lado hechos que imponen, como lo son el crecimiento y la caída del nivel de precios. Lejos estoy de afirmar que estos movimientos y oscilaciones sean equivalentes perfectos, es decir que lo que trae consigo una coyuntura positiva la retome de regreso una coyuntura negativa. Quisiera simplemente, fuera de los legados de Bujak, de Henri Hauser,

⁹ Franciszek Bujak (1875-1953), historiador polaco, profesor de las universidades de Cracovia, Varsovia y Lwów. Creador de la historia económica polaca en tanto disciplina científica independiente. Dio inicio en Polonia a las investigaciones en demografía y a los estudios monográficos de carácter económico y social de las sociedades rurales polacas. Entre sus obras se destaca *Limanowa, miasteczko powiatowe* (Limanowa, ciudad provinciana) 1902, *Studia historyczno-społeczne* (Estudios histórico-sociales) 1924. Redactó también los *Anuarios de Historia Económica y Social* (*Roczniki Dziejow Społecznych*). (Nota del traductor).

de Francois Simiand e incluso fuera del pensamiento triunfante y tan hermanado con el mío de Ernest Labrousse, buscar otra dimensión de la historia.

Estoy consciente de que no le es fácil al historiador liberarse de la dinámica particular de la coyuntura: de ciclos tales como los de Kitchin y Juglar, los hiperciclos o ciclos de Kondratiev, mismos que crean el marco adecuado para la reflexión sobre el movimiento de la historia. A pesar de esto, buscando otra dimensión de la historia declaro ante ustedes la «muerte de la coyuntura». No debo justificar esta búsqueda, el resultado será aquí el mejor argumento.

Así pues, rechazo tanto la historia de los acontecimientos como la historia de la coyuntura. Mientras tanto en lo que queda de mi historia privilegiada y escogida, surgen los sistemas: sociales o socioeconómicos, culturales, demográficos, en los cuales el ritmo de la vida transcurre despacio, y la duración es multiseccular. Y así, mi alumno Emmanuel Le Roy Ladurie, en su bello trabajo *Los campesinos de Languedoc*, investigó un ciclo muy largo, cuyo inicio ocurre alrededor de 1450 y su final hacia 1750. Este ciclo incluye, por un lado, los problemas de la población y de la posesión de tierra y, del otro, la estructura interna y la vida de la sociedad campesina a lo largo de muchos siglos. De manera similar, en la perspectiva de los ciclos largos de desarrollo debería mirarse la historia del Renacimiento, trazando los límites del mismo en tiempos del siglo XIV hasta el siglo XVII, o también la historia de la Revolución Francesa, cuyo principio ocurre mucho antes del año de 1789, misma que no puede cerrarse al momento de la caída de Robespierre, ya que en cierta manera ha continuado hasta los principios del siglo XX, años de mi juventud.

Los sistemas socioeconómicos constituyen aquí el problema fundamental. Resulta pertinente diferenciar, sobre todo, las fluctuaciones coyunturales de los procesos largos de desarrollo. Estos últimos, sin embargo, como también lo ha mostrado Witold Kula en uno de sus libros, tienen carácter acumulativo, mientras que los movimientos coyunturales afirman en una dirección lo que en la segunda niegan, de tal forma que una significativa parte de sus resultados se anula de manera recíproca. Ello al menos en principio, puesto que algunas fluctuaciones al no lograrse, se constituyen en un fracaso.

Poniendo el acento en los sistemas socioeconómicos establezco la relación, según mi parecer, con la aportación más duradera del pensamiento marxista. No quisiera dar la impresión de que hablando en un país socialista, hago una concesión a favor de mi auditorio. Todos los modelos de Marx son a fin de cuentas modelos de procesos largos de desarrollo, de «larga duración»: el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo. Confieso que con enfado miro las etiquetas con las que se presentan determinados sistemas, pero ésta es una cuestión secundaria; paréceme que estamos de acuerdo en cuanto a lo que en esencia entendemos por sistema socioeconómico. Es impresionante su permanencia. Los cambios en la historia, los sucesos sensacionales, las alteraciones de la coyuntura, las oscilaciones de salarios y precios no están en capacidad de menospreciar la existencia del sistema, sin que sepamos tampoco el porqué de esto. Un día, sin embargo, todo comienza a descomponerse, como si un grano de arena cayera en el engranaje de la maquinaria.

Los sistemas socioeconómicos exigen estudios profundos y específicos. Esto no constituye un dominio de los juicios de valor; en mi punto de vista hay que investigar y contar. Las cuentas pueden liberarnos de muchos errores, fantasías e ilusiones.

En el medio de las investigaciones históricas de la Escuela Práctica de Altos Estudios, en París, nos hemos echado auestas últimamente una gigantesca tarea de investigación. He ahí que el ejército nos envió, para su análisis, una inmensa cantidad de documentos de la comisión militar de reclutamiento, que abarcaba un periodo de alrededor de cien años. Disponemos para cada año de una multitud de trescientos mil franceses, quienes se presentan ante nosotros en ropas más bien modestas; conocemos todas sus tallas, el color de sus cabellos y ojos, los nombres del padre y de la madre, sus profesiones, lugar de origen, etc. Se trata de una documentación totalmente fantástica, aunque pueda ser inútil, porque la misma exige la aplicación de las modernas técnicas de investigación; ha sido necesario entonces acudir a la ayuda de las máquinas computadoras. Hemos obtenido ya los primeros resultados fragmentarios, mismos que la investigación histórica trata de profundizar en el pasado hasta los tiempos de Luis XIV. El objeto de las investigaciones lo es el crecimiento de los reclutas; cuestión ésta no banal ya que constituye un buen índice de cómo era el nivel de vida. En los marcos de un determinado grupo de gente, por regla general, cuanto mejor es la alimentación y más tardíamente comienza la etapa productiva, tanto más alta es la estatura. Tomando, para la Francia del siglo XVII, como una especie de límite las

coordenadas geográficas de París, las personas que vivían al norte del paralelo parisino tenían una mayor estatura. En el momento actual, sin embargo, la gente de mayor tamaño vive en las regiones situadas al oriente del meridiano parisino. Si por tanto reconocemos que Francia en el siglo XVII estaba *grosso modo* dividida en dos zonas, la desarrollada y la atrasada, la primera habría que situarla al norte, mientras que la segunda al sur, actualmente, la división se establecería entre el oriente y el occidente del país. De esta manera el historiador presenta un problema básico: cada país tiene sus propias zonas atrasadas, cuya existencia es necesaria para todo el organismo económico ¿Es que esto constituye realmente una regla? Observamos también, que la rueda de la fortuna es cambiante: los más pobres en el siglo XVII no son los más pobres en el siglo XVIII o XIX. Vistas así las cosas, nos veríamos ante un juego peligroso aunque quizás moralmente reconfortante.¹⁰

La reflexión sobre los lazos de la historia con el tiempo presente puede apoyarse en ciertos ejemplos. El primero, en el cual me quisiera detener es la cuestión de la reforma del sistema educativo.

Tomando en cuenta que, a lo largo de los siglos, la enseñanza ha cambiado constantemente de forma, para el historiador a quien las cuestiones pedagógicas no le sean ajenas, tanto en su práctica individual como en el trabajo científico, debe ser consciente del peso de su experiencia. Una lección básica de

¹⁰ En esta frase el autor ironiza la supuesta moralidad del hecho que describe: el desarrollo desigual no sería atribuible a la naturaleza humana, sino a «inexorables» leyes de funcionamiento del sistema económico.(Nota del traductor).

la historia, misma que está de acuerdo con el sentido común, es el hecho de que la reforma educativa hay que comenzarla desde su piso más alto, es decir, desde las escuelas superiores. Imposible, al parecer, es en realidad revolucionar el sistema educativo en los niveles básicos y medios: la fuerza de la inercia de este sistema, que abarca en nuestros países a millones de jóvenes, es demasiado grande. La única posibilidad de una reforma fundamental de la educación es golpear con toda la fuerza la enseñanza universitaria.

Antes de la última guerra, viví algunos años en un país con el cual me unen sentimientos casi tan fuertes como con Polonia, hablo del Brasil. El nivel de enseñanza en ese país era, en esos tiempos, lamentable. Los exámenes finales de bachillerato constituían una pura formalidad. Cuando en este país se intentó cambiar el sistema de educación nacional, se comenzó por la organización de nuevas universidades. Las universidades por su parte comprobaron, al poco tiempo, que los estudiantes no estaban preparados para los estudios superiores, debiéndose crear colegios universitarios preparatorios anuales, bianuales, trianuales... El egresado de las escuelas medias privadas debió, por tanto, cursar de nuevo su educación secundaria. El resultado no tardó en llegar: las escuelas privadas, para mantener su clientela, se vieron forzadas a aplicar los programas y las exigencias de rigor de las universidades.

Este ejemplo de reforma brasileña tenía sólo que confirmar que la dirección más propia y eficaz de la reforma de la enseñanza era precisamente comenzar el trabajo desde el último piso del edificio de la educación nacional, o sea, las escuelas superiores. Participé también en la última reforma de la

escuela francesa, misma que en 1966 fue objeto de muchas discusiones y polémicas en este país. Sólo lamento que tal reforma haya sido tan limitada. A lo largo de los últimos veinte años el pensamiento científico envejeció más que a lo largo de muchos siglos anteriores. Arcaicas son las divisiones tradicionales de los estudios: es un absurdo que la sociología esté relacionada con la filosofía, que la economía política fuera enviada a las facultades de derecho. ¡Así es en Francia! Estoy convencido que no es una cosa normal difundir las ciencias humanas en la estructura de las universidades, como tampoco eludir la historia en los proyectos de unificación científica de estas disciplinas.

Argumentos para defender el papel de la historia en las ciencias humanas, no faltan. Volvamos una vez más a un ejemplo. Muchos sociólogos franceses investigan con atención los medios obreros, aplican innumerables encuestas entre las familias de los trabajadores. Investigan el aumento y la caída de la criminalidad, tratan de definir el alcance de las actividades delictivas de los jóvenes, se calcula el peso de los alquileres de las casas con relación al monto medio de los salarios, se establece la canasta media obrera. ¡Los resultados de estas investigaciones han sido hasta el momento llenar muchas bibliotecas! Pero se olvida plantear un problema que de inmediato enfrenta el historiador: es el caso de que en Francia el mundo obrero se conformó como un resultado de tremendas crisis. Cuando el campesino se marcha directamente a la ciudad y vive allá en grupos no muy numerosos, cae de inmediato bajo la influencia de los inmigrantes de la víspera, se introduce en el medio urbano y de manera efectiva éste lo educa, le enseña un oficio, le dice qué es lo que se debe y no se debe

hacer. Pero las cosas suceden de otra manera cuando el campesino llega a la vez en grandes grupos, en masas demasiado numerosas, como para que la ciudad pueda realmente adaptarlos y hacerlos suyos. Algo parecido ocurrió en el siglo XVIII, en tiempos de la gran marcha a las minas de oro, a las pequeñas ciudades del interior de Brasil llegaron en gran número grupos de esclavos negros, quienes no se adaptaron a las nuevas circunstancias, y no tuvieron la influencia de los viejos esclavos a quienes les faltó tiempo para educar a los recién llegados. El resultado de esta inadaptación fueron grandes sublevaciones de esclavos.

Parecidos, aunque de una fuerza dramática diferente, fueron los comienzos de la clase obrera en Francia. El proceso de su conformación potenció la creación de su propio *ghetto*. El obrero, incluso en París, posee un sentimiento de pertenencia a una nación diferente. Tiene su propia historia, su propia lengua y su propia memoria colectiva. Las investigaciones realizadas, no muy buenas por cierto, sobre el folklore de la Comuna de París mostraron que sus últimos ecos vivos duraron hasta el año de 1933. Así pues, desde 1871 a 1933 existió una historia viva, transmitida de boca en boca y que no tenía nada en común con la historia escrita de la Comuna.

De este mundo obrero diferenciado no nos resulta tan fácil, aun en la actualidad, extraer hijos obreros. Ellos asisten a las escuelas primarias, pero la mayoría de ellos no acceden a la educación media. Por supuesto no porque sean menos capaces que otros, incluso todo lo contrario, varias veces tuve la ocasión de convencerme de cuan excelente inteligencia muestra la juventud

obrero parisina. Como causa fundamental, tampoco lo es la falta de medios materiales: los obreros no tienen menos medios que los campesinos o los maestros. ¿Acaso no debemos mejor buscar causas más antiguas y más importantes en la pertenencia a otra comunidad, el sentimiento total de diferenciación? El muchacho que abandona su familia para estudiar en una secundaria comete algo así como una traición de clase. No hace mucho, en una conversación, una médica psicóloga me confirmó este diagnóstico, producto de su propia experiencia personal en la investigación sobre las dificultades y conflictos de la edad escolar.

Si por tanto, las ciencias humanas tienen que colaborar entre ellas para la solución de diferentes problemas contemporáneos, que no se olviden que algunas cuestiones mejor las entienden y resaltan los historiadores. Habría que investigar de qué manera, a partir de 1955, surgen situaciones específicas, como cuando los hijos de taxistas y de obreros de los establecimientos Renault comenzaron a estudiar en los liceos. Pero eso es también un fenómeno en una mínima escala, mientras que es precisamente el mundo campesino, relacionado con la tierra, quien abastece casi en su totalidad, los cuadros de la intelectualidad francesa; en una primera generación fueron gendarmes, aduaneros, maestros, en la segunda eran ya profesores de las escuelas medias y de las universidades, y en la tercera generación ¡miembros de la Academia Francesa! Este drenaje de la clase campesina en pro de la intelectualidad es una de las cosas más asombrosas en nuestra historia nacional.

Como último ejemplo, quiero referirme al África del Norte en donde me fue posible vivir diez años de mi vida. Debo confesar, que cuando abandoné Argelia en 1932, no podía imaginarme la tendencia de desarrollo de este país y su futuro. Creo sin embargo, que esto no disminuye el alcance de mi experiencia como historiador del área mediterránea para con las investigaciones sociológicas actuales en la Argelia independiente. Cuando leo un texto sociológico sobre la suerte de un pobre campesino que de las montañas baja a la ciudad en Argelia, para ser ahí, por ejemplo, un obrero no calificado en alguna fábrica, soy consciente junto con el sociólogo de que esto constituye un drama social. Pero también, en cierto sentido, este drama lo conozco por anticipado; es después de todo, la mil y una ediciones de un drama bien conocido en Argelia y en todo el ámbito mediterráneo. Quisiera que el sociólogo fuera también consciente de esto.

Alguna vez se acusó a la administración francesa de enfrentar a los beréberes contra los árabes. La administración francesa no era por supuesto inocente, pero las raíces de los conflictos entre árabes y beréberes tienen un alcance profundo en el pasado. El África del Norte, en tiempos de la invasión árabe, sobre todo en la última del siglo XI, fue inundada por una masa de recién llegados en camellos y más precisamente en dromedarios. El dromedario a diferencia del camello de dos jorobas, es un animal muy delicado, no resistente al frío, careciendo de la capacidad para escalar pendientes. La población local, o sea, los beréberes, fue empujada a las regiones montañosas en dirección a los macizos de Auras y Kabyla. Esta última región en el siglo XI era un territorio

boscoso prácticamente deshabitado. Es a partir de este tiempo que se desarrollaron las talas de los bosques en gran escala, así como los asentamientos beréberes, lejos de los conquistadores árabes. La confrontación de los beréberes, población nativa, con los advenedizos árabes tiene un carácter permanente de viva articulación, ya que en gran medida resulta de las diferencias de cultura. El Islam llegó a las montañas de Kabyla sólo cuando los franceses construyeron ahí la red de caminos: la aceptación del Islam funcionó también como una protesta contra la ocupación francesa. Nunca, sin embargo, el Islam enraizó en esta región tan profundamente como en el resto del país.

Es precisamente en estas pobres regiones montañosas que tuvo su inicio la corriente de obreros, quienes navegaron primero a Francia y ahora a toda Europa. Entre los beréberes se reclutó a los líderes y a los guerreros de la revolución y la sublevación contra el dominio francés en Argelia. Atrapados en menor grado en la red clerical del Islam, entendieron mejor la realidad del mundo contemporáneo. En un país musulmán la total modernización de la sociedad no puede ser concebida sin su laicización. La paradoja de la Argelia contemporánea es que los grupos laicos de la Kabyla permanecieron alejados de los gobiernos.

Sobre todo he querido mostrar aquí que no es posible concebir investigaciones sociológicas de la Argelia contemporánea sin tomar en cuenta esta barrera conformada históricamente entre el casi laico y abierto mundo de la kabyla con el mundo árabe. Esto constituye un problema para el futuro desarrollo de la Argelia independiente.

Creo que, después de mostrar estos ejemplos, sin dificultades tengo la aprobación para afirmar que la historia está en capacidad de brindar la clave para entender la actualidad.

La historia investiga el mundo de los vivos, los historiadores no están únicamente en el lado de los muertos. Por experiencias propias sabemos que cualquier hecho de nuestra vida se relaciona con evidentes dimensiones del pasado, tanto personal como de nuestro país.

Provengo de un ambiente católico, pero mis lazos con la religión los he olvidado tiempo ha; incluso mi padre ya no fue católico practicante. No me atrevo a decir que soy librepensador: la libertad es algo difícil de lograr. No obstante, en cualquier caso, debo de ser comprensivo con el mundo protestante, aunque a veces debo reconocer que me resulta difícil ser cortés ante los protestantes. No soy católico, pero con facilidad me torno antiprottestante. Cuando platico con algún protestante, tengo de inmediato la impresión de que si al principio estábamos sólo nosotros dos, de repente surge un tercero: nada menos que el Dios del protestante. A pesar de esto, estoy plenamente consciente que son sólo actitudes y gestos, mismos que llegan a mí desde muy lejos, desde el pasado. Nunca me dediqué a la historia de las religiones, ya que sentía que en esta rama del saber perdería la tolerancia y el liberalismo, que hubiera sido parcial. A pesar de la simpatía hacia el catolicismo, hubiera tomado una actitud en contra de los católicos, ya que precisamente rompí con ellos, y contra los protestantes, ya que ante ellos me siento católico, y contra los librepensadores, ya que no soy un excelente librepensador.

Sin embargo, en la búsqueda de esta historia viva que nos rodea, es imposible limitarse, claro está, a los casos personales, por más interesantes y divertidos que puedan ser. Es pertinente buscar, sobre todo, estas profundas huellas del pasado, mismas que penetran al presente y en torno a las cuales éste se teje.

Por tanto, lo que a mí sobre todo me interesa son los ámbitos de la actualidad que todavía no han cambiado o bien que apenas se han modificado. Cuando veo alguna permanencia acudo de inmediato a otros especialistas del presente, en especial a los economistas, ya que la mayoría de las ciencias sociales están en exceso convencidas de que el mundo nació apenas ayer.

No pienso refutar que en los procesos de desarrollo se presentan saltos y pausas. Alrededor de 1950 el mundo rural francés comenzó a cambiar y muy pronto la Francia campesina será irreconocible, totalmente diferente a la de la víspera, con la grandiosa granja de tipo americano como unidad básica y con una población rural con diferente psique. De forma similar, estoy convencido, que a la mitad del siglo XVIII comenzó la transformación fundamental en el ritmo de la vida humana. En tanto que antes de 1750 el progreso se realizaba a través del crecimiento y expansión de la población, el argumento básico posterior para dicho cambio ha sido la técnica. La historia no sólo es permanencia y continuidad.

Entre los métodos en que se apoyan las ciencias sociales para disminuir el papel de la historia deseo recordar aún el de la sincronía, puesto que, dado el

nivel en que se han colocado nuestros polemistas, también podemos dar cuenta de nuestras razones.

¿Sincronía? Suena el silbato y la película de pronto se detiene, todas las personas del drama permanecen inmóviles, la esfera terrestre continúa dando vueltas, pero la gente y las cosas se mantienen estáticas. Pero en este cuadro del mundo sincrónico ocurre de inmediato que regiones particulares, economías, sociedades, no se encuentran en este mismo punto, ni en ese mismo nivel del desarrollo. Sucede incluso que no están en esa misma época, en ese mismo tiempo. La situación actual del África Negra puede ser entendida a la luz de la sociedad medieval europea. La plaza del mercado fuera de la ciudad, que los medievalistas conocen por documentos, puede observarse en el África contemporánea. El cuadro sincrónico del mundo puede aportar al historiador muchos argumentos vivos. Supongamos que tratamos de reconstruir los cambios de la ciudad francesa en el periodo de la conformación del capitalismo. Comprobamos que la clase de los terratenientes no abandona de ningún modo la escena hasta 1789. En el periodo del célebre sistema de Law, ante la sede parisina del banquero en la calle Quincampoix,¹¹ un grupo de terratenientes conformado como potente grupo de presión se apresura a cargar en sus carretas el dinero. ¡Alcanzaron a retirar a tiempo sus participaciones antes del *crack*! La nobleza por mucho tiempo se defendió ante los grupos medios. Ahora bien, este mismo espectáculo pude observarlo durante mi residencia en Brasil en 1935. En

¹¹ El autor alude al banquero y economista escocés John Law (1671-1729), quien fundara el primer banco en Francia (1716).

contra de los representantes activos del capitalismo industrial (hombres de negocios, poseedores de inmensas empresas) se alzaba la «nobleza», misma que no era nobleza sino un estrecho círculo de viejas familias terratenientes que llevaban una vida de gran señor, que conformaban el elegante mundo y el buen tono. Los industriales, estos advenedizos, no eran aceptados por la «nobleza», misma que se designaba como el nombre de *team*, aquéllos esperaban a las puertas, daban dinero y subvenciones para todo, sólo para obtener el honor de entrar, de cruzar el alto umbral e ingresar al *team* aunque fuera ocupando un asiento de segunda fila. No obstante, la vida en América Latina adquiere ritmos muy rápidos. Los biólogos investigan los fenómenos de la herencia y la adaptación con base en las drozofilias, moscas que se crían en las frutas y que viven tan poco tiempo, pudiendo ser testigos de la vida de miles de generaciones de ellas. Podemos decir que América Latina tal vez cumpla para los historiadores el papel de la drozofilia. Los fenómenos sociales que maduraron en Europa a través de todo un siglo, aquí duran apenas unos años. Cuando después de una década de ausencia regresé al Brasil en 1947, todo el *team* había desaparecido y en su lugar se encontraba un nuevo *team* cuyo tono era dado por los industriales, fabricantes de algodón y de productos químicos.

Aceptando este juego de la historia operacional es necesario también, y esto desde el mismo principio, adoptar una definición de la historia diferente a la usada hasta ahora. Si la historia ha sido la ciencia sobre el pasado, entonces la historia operacional no puede ser concebida como tal, puesto que concibo la orientación y el objeto de las investigaciones históricas de diferente manera.

La historia es el estudio de las sociedades pasadas y presentes, observadas según esta particularidad cambiante que el historiador utiliza, o sea, la duración.

El tiempo no es único y lineal, sino que hay muchos tiempos, diferentes dimensiones temporales y duraciones sobrepuestas unas sobre otras. Importante es entender cómo una sociedad envejece a través de diez, quince o veinte ritmos diferentes de tiempo, cómo una vez cambia rápidamente en una de sus facetas y cómo en otra lo hace de manera lenta.

Esta definición no resuelve el problema aunque, cosa más importante aún, abre el camino para muchas polémicas y discusiones.

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro, Xalapa,
Veracruz, México
Telfax (01228) 812 47 19
Email: iihs@uv.mx